

XABIER LÓPEZ LÓPEZ

La vida que nos mata



La vida que nos mata

COLECCIÓN
LITERADURA

Xabier López López

La vida que nos mata

Traducción de Isabel Lacruz
y Xabier López López



Primera edición: agosto de 2014

Título original: *A vida que nos mata* (2003)

© Editorial Galaxia, 2003

© Xabier López López, 2003, 2014

© de la traducción: Isabel Lacruz, 2014

© de la traducción: Xabier López López, 2014

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2014

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-942380-8-6

Dep. Legal: M-21074-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Personal de servicio del Gran Hotel de Mondariz-Balneario*,
ca. 1930. Archivo G. H. Mondariz, gentileza de Amalia Gallego

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

«Sí, señor. He aquí un **libro bien escrito**, que engancha, que es capaz de robar todo tu tiempo. (...) *La vida que nos mata* atrapa con su **antihéroe**, el retrato de los personajes, la manera en la que acción se precipita...»

(CAPÍTULO 0)

«A la **literatura** no le pasa como a la cocina gallega: no basta con tener buenos ingredientes, es precisa mucha técnica e inspiración para domeñarlos. Xabier López ha encontrado condimento y materia prima. (...) *La vida que nos mata* es un volumen **trepidante y dinámico**. Un consejo: si tiene que despertar temprano, **NO se lleve este libro a la cama**»

(Manuel Gago, LG3-CULTURA GALEGA.ORG)

«Una **novela que cuesta cerrar** y que apetece **retomar con rapidez**»

(X. M. Eyré, A NOSA TERRA)

«La **maestría** al servicio de la **novela negra** (...). El gran acierto de **López López** es hacer de lo aparentemente convencional **algo novedoso**, superar ciertos preceptos del género para finalmente aportar al lector **una historia que nada tiene que ver con las otras**, una historia con la que le da un nuevo impulso a este género narrativo (...) **Bohemios, matones**, toda clase de **rufianes, escritores** de segunda, **políticos** de pacotilla, **traficantes de armas**, escuadrones de corte **fascista, empresarios** de poca monta, **periodistas mártires** de la verdad... Entre todos ellos sobresale nuestro Sebastián Faraldo, **un periodista obeso, melancólico y sobre todo muy romántico**. Uno de esos extraños y carismáticos redentores de almas, **defensores de causas perdidas** por las que nadie se atrevería a apostar un céntimo»

(María Luís Gamallo, *REVISTA GRIAL*)

«Están ahí con derecho propio en los universos de la **modernidad literaria**, como reparadores de destinos, con alter ego o sin él, cínicos, **ingeniosos** o perdidamente **románticos** y a todos nos suenan sus nombres: Auguste **Dupin**, **Sherlock Holmes**, Maigret, el padre **Brown**, Arsenio **Lupin**, Philip **Marlowe**, Samuel **Spade**, Kurt **Wallander**, Smiley, Parodi, **Carvalho**... A la nómina cumple añadirle desde las últimas semanas la figura de **Sebastián Faraldo**, el personaje central de la novela *La vida que nos mata* que confirma a **Xabier López López** como uno de los autores más fecundos de los últimos años, **un autor ambicioso**, de gran **versatilidad**, que nos acostumbra a regalar **literatura de culto**, pero que tampoco desprecia la de género, aunque, eso sí, cimentada en **verdaderas historias**, repletas de tramas y desarrolladas con suma **habilidad**»
(Francisco Martínez Bouzas, *FARO DE VIGO*)

La vida que nos mata

PRIMERA PARTE

¿Una boda?

TENGO PARA MÍ QUE la gente, *esa condena*, posee un don especial para llamar a la puerta en el momento más inoportuno. Ajetreado como estaba con la vajilla, tardé un buen rato en advertir que era mi ventana, la ventana más castigada de la praza da Leña, la que recibía aquellos pequeños impactos, agudos y precisos como el martilleo del pájaro carpintero en los bosques. La sobremesa, húmeda e hipnótica, estiraba sus sedosos tentáculos por la casa, y mi intención —juro que mi única intención— era terminar de lavar los cacharros, secarlos, guardarlos y sorber una buena taza de ese café que ya comenzaba a dibujar entre las paredes la niebla nutricia y olorosa del Trópico.

Miré de reojo el cazo y su base tiznada por la lumbre y reservé todo mi enfado para los tiradores de la ventana, que

al momento se desgarró sobre la plaza con su quejido de cosa arcaica. Tuve los suficientes reflejos como para no quedar maltrecho por culpa de aquel proyectil que pasó zumbando tan cerca de mí, un moscardón, un auténtico tábano tallado en la cantera.

—Aún vas a romper algo —protesté—. ¿Qué es lo que quieres?

Ahí estaba, entrapado en su gabán, el liante del Notario, el mendigo que conseguía vino flojo, picadura y otros deleites igual de sucios, a cambio de hacerme algunos recados por las calles resbaladizas, verdes, casi gelatinosas, de Pontevedra. Había quien lo tomaba ya por un empleado de la Oficina de Correos y Telégrafos.

—Señor Faraldo —resolló, mientras dejaba caer los guijarros de entre los dedos—. El director... el señor Valiña quiere verlo de inmediato.

Lo miré desde allí, desde mi pequeño belvedere, y muy a disgusto, acostumbrado tal vez a las continuas derrotas infligidas a mi tranquilidad, le hice ademán de que subiese. Aquella mínima prórroga me brindó, algo es algo, el tiempo de servir el café, de imaginar una pequeña victoria que hiciese menos dolorosa mi rendición. Lo vertí aprisa en su taza —brillante, oloroso, fúnebremente hervido— y viéndolo allí, como una tarta de anís custodiada por la vidriera contra la que se rompen la crisma los hambrientos, di por

fin con alguna blasfemia que maldijese la oportunidad, la suprema oportunidad, del señor Valiña. Lo serví y me quedé junto a la mesa, limitándome a verlo burbujear en la porcelana, porque necesito, aunque me temo que no sea ninguna originalidad, una paz absoluta para tomar café. Basta la menor tontería o necedad para estropeármelo, y no era la primera vez que me lo estropeaban de aquel modo. Y es que así son, resignación, las miserias de mi oficio. De trabajar en una oficina —qué sé yo... en un banco, una correduría de seguros, un departamento contable, en cualquiera de esas covachas donde los trabajadores llevan manguitos de papel y cuellos de celuloide—, sería ya otro cantar. En las oficinas corrientes se hacen recesos para el café, y tengo la certeza de que existe alguna cláusula en los contratos que justifica esa parada, como alguna otra que justifica también, vaya si la hay, algunas esclavitudes relacionadas con los relojes, los almanques, con esas cadenas de ver día tras día, sin remedio, las mismas caras insulsas.

Trabajar para *El Matutino* tenía esas cosas. Ni oficina ni momentos sagrados. El director, Valiña, manda... Sebastián Faraldo obedece. «*Credere, obbedire, combattere*», pensé con triste ironía, repitiendo aquella letrilla que se podía leer, según decía la prensa de Madrid, en todas las paredes de Italia.

—¿Qué te parece ese tal Mussolini, Eduardo?

El Notario, restregando contra el felpudo sus botas reventadas, me miró con la languidez de una esposa morgánica.

—La verdad es que no me he formado opinión sobre él. ¿Usted qué piensa?

—Tengo entendido que proyecta instituir un tributo especial para los solteros.

—Pues ya puede esperar por mí, señor Faraldo.

Volví a mirar por la ventana, esta vez por el rabillo del ojo. Había escampado. Había cesado el baile de aquella silenciosa y ondulante cortina de agua que entoldaba la ciudad desde primeras horas de la mañana.

«El director quiere verlo de inmediato». Me hice de rogar, por supuesto. Gratifiqué a mi comisionista con la taza de café —hervido y jod..., ya frío—, fui a por unas galletas y, antes de salir de casa, me entretuve un rato en el vestidor. Al cabo, me decidí por la zamarra de piel curtida que, desde que vi la fotografía de Lindbergh, el aviador, no deja de olerme a aceite, a gasolina, a desgracia. Lindbergh, sí, qué hombre; ya no sé de cierto qué era lo más tremendo del asunto: el océano continuo y repetido ahí abajo o la gélida soledad que empañaba los cristales de la cabina. Tal vez —deformación profesional— ni una cosa ni otra, sino la trágica epopeya que vivió en tierra tras la hazaña, aquel secuestro de su hijito que terminó tan fúnebremente como suelen terminar

los secuestros cuando las cosas se tuercen. Lo seguimos, por supuesto. Seguimos el suceso en *El Matutino*, de una manera un tanto folletinesca para mi gusto. Cosas del director, del señor Valiña.

—¿Te gusta, Eduardo?

El Notario se encogió de hombros. Un indeciso rayo de sol arrancó un brillo a su deshilachado gabán de la Guerra del Catorce, con esa extrema generosidad de las cosas viejas hacia todo aquello que por un momento las tiene en cuenta. Estoy seguro de que ya le había cogido gusto a mis cafés fríos y hervidos. A mis galletas revenidas. Antes de recoger las llaves, aún tuve tiempo de darle su hoja de lechuga a Lerroux, mi vieja y paciente tortuga.

Al cabo, llegué a la redacción al poco de dar las cuatro y cuarto. Por fortuna, y aunque no suelen pedirme explicaciones, siempre llevo una excusa en el bolsillo o, más bien dicho, no, no la llevo, porque el espacio de donde cuelga el reloj es para mí tan solo una taleguilla para algunas monedas, un lápiz mordisqueado o algún bichito interesante no necesariamente muerto. No. No me gustan los relojes. Casi se podría decir que Sebastián Faraldo *odia* los relojes, profunda, visceral y rencorosamente, como solo saben ciertamente odiar los mozuelos. Pero esto, sin embargo, no es toda la verdad. Ni siquiera una verdad a medias. Lo que odio, sin ninguna duda, es que me estropeen la sobremesa, y no me

importa, por mucho que siempre acabe agachando las orejas —patético gruñón—, cual sea el pretexto. No me importa.

Las cuatro y cuarto. Al menos eso era lo que marcaba el reloj de la botica de la esquina, esa que exhibía en el escaparate, además de las porcelanas blancas y azules de los preparados, un buen número de lentes, hidrómetros, barómetros y termómetros. Las cuatro y cuarto —pasadas— y la redacción que me brindaba la recepción de costumbre: una bofetada con resabio de barniz viejo, de metal frío, de tripa cocida. No; jamás supe con certeza de dónde procedía este último olor. Siempre lo asocié a la cocina, al fogón de la vieja portera, pero a la portera —una mujerona que juraba haberle cosido un galón a Espartero— le habían dado tierra hacía un par de años y aún causaba estragos en todo el edificio, de la puerta a la buhardilla, al subir sin prisas escalones y descansillos, o al ascender en espiral por el hueco de la escalera, aquel hedor definitiva y categóricamente tan poco estimulante.

Dejé atrás el pasillo, estrecho y húmedo como unas cacumbas, los tristes escritorios pegados a las paredes, y golpeé los cristales de color miel de la puerta del despacho. No esperé a oír algo. Entré. Durante un rato, los ojos de Valiña fueron dos cobras prestas a morderme. Las maté, pum, pum, con dos certeros tiros.

—Faraldo...

César B. Valiña, el director, aquel individuo exangüe que parecía que se ahorcase cada mañana con la corbata, dejó a un lado la descomunal caracola con la que estaba jugando y cruzó sus manos con la manicura recién hecha sobre las maderas del escritorio. Su cráneo, ese cráneo suyo lanudo, rezumaba brillantina. Su mirada, una luz llena de misterio.

—Ya iba siendo hora. Escucha...

Cuando el director soltó lo que se le venía a la lengua, tardé un tiempo en reaccionar. «Cubrir una boda»; de la carcajada, estuve en un tris de que se me despegara el bigote. ¡Sebastián Faraldo cubriendo una boda! No me gustaría alardear de méritos, claro que no, pero, antes de terminar en *El Matutino* —y el favor, estoy seguro, era yo quien lo hacía—, tuve ocasión de recorrer los más importantes rotativos del país, poniendo puntos y comas a todos esos acontecimientos cuyo recuerdo, aún hoy en día, pone los pelos de punta. Hasta resolví en paralelo, pateando los caminos que la policía no se atrevía a pisar, algunos casos famosos... Parricidios, envenenamientos, venganzas... De esa clase, de esa catadura eran los trabajos que me habían dado cierto nombre. Sí, de esa catadura. Con todo, tenía la sensación de que César B. Valiña, el director, se dedicaba secretamente a socavarme, que veía en aquel propósito la receta más hábil para coronarse al fin como Señor Absoluto, medrar y medrar y medrar, tras la mesa del despacho, sin que nadie le hiciese una pizca

de sombra. Era una obsesión que ya le había descubierto de antiguo: no soportaba que nadie fuese más allá de esa línea de tiza que había trazado en su sesera el primer día que tomó las riendas de la empresa, como todas las empresas que se van al garete, una empresa familiar que honra el retrato de un anciano que acumula polvo, telarañas y un buen número de embustes.

Primero habían sido aquellos artículos sobre el secuestro del hijo de Lindbergh, el egregio aviador, que nuestro hombre había decidido fraccionar, mutilar, pese a tener informaciones casi completas desde el primer momento, con el propósito de mantener la intriga durante varios días. Lo mismo, pienso lo mismo que pensé en su momento: un folletín. De nada sirvieron las protestas y la obstinada invocación a la dignidad profesional. De nada las vacilantes amenazas. Después, y cañoneando directamente mi línea de flotación, vino la negativa a publicar entera la serie sobre Peter Kürten, el Vampiro de Düsseldorf, aquel introvertido ciudadano que decidió confesar, al cabo de una horrorosa pesadilla, setenta y nueve asesinatos, setenta y nueve, a cambio de que fuese su mujer quien cobrase la recompensa ofrecida por las autoridades. Las posteriores noticias sobre una infancia traumática, su padre acusado de incesto, sus múltiples estancias en la cárcel desde los dieciséis años, por no hablar de los informes médicos y el desarrollo del juicio —en el que solo

se consiguieron probar siete de los asesinatos confesados— fueron extremos sobre los que Valiña no quiso arrojar luz, me temo que para no estropear la más rentable imagen de un honorable padre de familia, sin mácula conocida, que es capaz de violentar, acuchillar y decapitar a docenas y docenas de personas, con preferencia niñas, primorosas niñas con sus canesúes, sus braguitas blancas y sus bucles dorados. Tan solo la truculencia de sus métodos, su pavorosa confesión y —silencio interesado de por medio— su terrible cita con la guillotina en el patio más oscuro del oscuro penal de Klingelpütz. Nada más.

Lindbergh Jr., Peter Kürten y otras pequeñas pero ultrajantes traiciones... Ya no tenía ninguna duda de que, ante un hombre del carácter de Valiña, de poco valían los méritos profesionales de otrora, mi relativo prestigio, toda mi experiencia. Valiña era el jefe, el je-fe, y por definición —eran palabras suyas— en una empresa seria se hace siempre lo que diga el jefe, pues en caso contrario ni es jefe ni nada que se le parezca. Por si todo esto no bastase, de repente, como para coronar mi descenso hacia el ostracismo y la senectud —*Estás más gordo, Sebastián*—, un buen día me estropeaba el café y me venía con el enredo de una boda, me proponía tareas que solo los meapilas de los *ecos de sociedad*, las flores de pitiminí de *Vida Gallega*, podrían cumplir sin por ello masticar la correosa hostia de la humillación.

Sin embargo, de un modo inopinado, la historia me fue gustando. Pasa así con un buen número de asuntos en cuanto se desvanece la ira de la primera impresión. Puesto que ya me había estrujado las meninges buscando una excusa, una incompatibilidad que allanase el camino para que la propuesta le llegase al infeliz de Lousa —¿por qué no llama a Lousa, señor director?—, nuestro corresponsal en Vigo, no tardé en ahogar la sugerencia en el barrizal del silencio... Pero si hasta pintaba bien el tema, ¡qué caray! Por una cosa o por otra no me había cogido aún vacaciones: siete meses —sin horarios rígidos, todo hay que decirlo—, pero a fin de cuentas siete meses sin un miserable día de asueto.

Y si dibujé en el aire, en filigrana, aquella palabra estu-penda —vacaciones— es porque el dichoso encargo, pese a su extravagancia, parecía una cosa reposada. Una *perita en dulce*,¹ como seguramente se dispondría a sentenciar alguno de esos socios del casino que llegaban a la redacción con sus informaciones tan pero que tan interesantes. Una semana en Mondariz, en el balneario, sin más quebraderos de cabeza que tomar el pulso a los invitados de una boda, que ponerme en la piel —la piel estólida y feliz, insustancial— de un redactor de *Blanco y Negro*, «El marquesito Sempronio presidió las carreras *amañadas* del hipódromo», «La condesita Petro-

1. En castellano en el original. (*Todas las notas son de los traductores.*)

nila ha celebrado su puesta de largo con un ponche *asqueroso*». Una boda. Una boda de las de pompa, boato y cinco comidas al día. Una de esas bodas en las que lo que menos importa, mira qué gracia, es el «sí» de los contrayentes en presencia de un oficiante con la librea almidonada.

—Ten en cuenta, Sebastián, que *El Matutino* corre con todos los gastos.

Escruté el rostro en alerta del director, sus pupilas brillantes, y dejé que insistiese con el solo propósito de no traicionar mi temperamento, tal vez la única resistencia que no había podido doblegar todavía César B. Valiña. Lo miré, recibí sus instrucciones con la impostura de un muy gran fastidio, y, una vez de vuelta a la calle mojada —la ciudad dispuesta a tragarse el sol de la escampada—, dediqué un buen rato a pensar en dónde diablos podría estar guardada la maleta, si Alina, Alina Carter, había dejado alguna por casa aquella mañana de Carnaval en que los dos nos desprendimos a la vez de las caretas de matrimonio feliz y venturoso.

Llegué a Mondariz sobre las cuatro del día siguiente, una jornada que —no sé si jugando a la confusión— había amanecido radiante y calurosa, bastante más estival de lo que suele presentarse septiembre habitualmente. A las cuatro, más o menos. Los que no toleramos el peso de un reloj en el bolsillo